

convirtió en epidémica, ocurriendo todos los desertores á presentarse á Villada, quien en fines de Noviembre contaba ya con novecientos hombres bien armados y vestidos de uniforme. Este jefe empleó todo el mes de Diciembre en instruir y disciplinar á su tropa, y en la construcción de gran cantidad de parque.

No obstante las órdenes de Régules, Villada aplazaba el fusilamiento de Madrigal y dirigía repetidas súplicas al Cuartel general pidiendo gracia para el prisionero; pero habiendo tenido noticia de que el General en jefe iba á llegar de un día á otro á Apatzingán, dispuso con toda reserva que Epigmenio Valencia, el mejor de sus exploradores, sacase á Madrigal que vivía en la misma casa de Villada, haciendo la evasión de noche, procurando no ser visto por el centinela, y que lo condujese hasta las inmediaciones de Uruapan, dejándolo allí en absoluta libertad.

Epigmenio cumplió fielmente estas instrucciones, y á las diez de la noche, acompañado del prisionero, emprendió su marcha rumbo á Uruapan. Al día siguiente se esparció en Apatzingán la noticia de que Madrigal se había fugado; Villada, fingiéndose colérico, mandó instruir en el acto la averiguación correspondiente; se aprehendió á varias personas á quienes se supuso complicadas en la fuga, las cuales fueron á poco puestas en libertad por falta de méritos, pues no pudo aclararse cómo se había verificado aquella fuga atrevida y misteriosa. Todo esto lo supo con evidencia el autor de estas líneas, quien á consecuencia de los sucesos de Carácuaro había ido á reunirse con Villada y habitaba en el mismo alojamiento de este jefe, y por tanto, vió parte y observó el resto de lo que se acaba de referir.

Mientras que Villada se conducía con tanto acierto, y con su valor acostumbrado, nuestros guerrilleros no permanecían ociosos. En principios del mismo Octubre Méndez, que se hallaba en Puruándiro, envió á Morelia al Comandante Ceballos para que fuese á poner á disposición de la Corté Marcial á algunos vecinos de aquel rumbo acusados de estar en connivencia con los *revoltosos*. Varias partidas de Ronda fue-

ron tiroteando á Ceballos, desde Tararameo hasta Morelia, emprendiendo serias escaramuzas en lugares á propósito, lo que dió por resultado que la mayor parte de los prisioneros pudiesen evadirse.

En Villachuato, una compañía de franceses del 95 de línea dispersó la guerrilla de Franco que servía de escolta al General Antillón, recién nombrado Gobernador de Guanajuato, y en Angamacutiro los guerrilleros Bravo y Núñez tuvieron un encuentro con el imperialista Manuel García, quien logró hacer prisioneros al oficial Escamilla y á dos soldados, que fueron en el acto fusilados.

Pero el hecho de armas más importante en aquellos días se verificó en el Norte del Estado; fué un golpe de mano, uno de esos rasgos de audacia inconcebible que algunas veces llevaban á efecto nuestros chinacos.

Era el 25 de Octubre: los *potrereños* Bravo, Ledesma, Alonso, Zavala, Núñez, García y otros, en número de trescientos jinetes (no ochocientos como dice el parte oficial de los imperialistas), se habían encallejado entre dos cercas en el llano de la Labor ó Santa Fe, al seguir el camino que llevaban. A poco andar divisaron la columna de Méndez, fuerte en más de dos mil hombres de las tres armas, que venía avanzando en sentido opuesto. La lucha era inaceptable y la victoria imposible, por la gran desproporción de los combatientes; pero entre los chinacos se levantó una voz que decía:

—Si son hombres, vamos dándoles la *pasadita*.

Bravo, que mandaba en jefe aquellas guerrillas, dió orden de hacer alto y escogió cien jinetes, entre los cuales la mayor parte eran jefes, oficiales y sargentos, y dispuso que los restantes retrocediesen hasta ponerse á salvo. Dispuso igualmente que los cien escogidos echaran pie á tierra y apretasen cinchas. En seguida dió la orden de montar y, empuñando la *garrocha*, gritó:

—¡El que quedó, quedó!

Méndez, que había observado el movimiento, creyó, como era natural, que aquel grupo de chinacos sólo tenía por objeto proteger la retirada de los demás; pero nunca pudo imaginarse que iba á ser atacada toda su fuerza.

Se engañaba: los cien hombres, como una legión de demonios, se arrojaron con increíble ímpetu sobre la columna, penetraron en ella y rebasaron el ejército de un extremo á otro, sembrando la muerte en el sangriento surco que iban abriendo á los botes de la lanza. Cuando hubieron pasado ¡ilesos! del otro lado de los dos mil hombres de Méndez, llevaban las astas enteramente rojas y pegadas las banderolas con la sangre de sus víctimas. Los caballos y los trajes de aquellos hombres, que parecían los genios del exterminio, estaban también tintos en sangre. Entonces se dividieron en varios pequeños grupos y huyeron á todo escape, antes de que Méndez volviera en sí de su sorpresa.

En esa acción que, como dice Mr. Alberto Hans, fué una de las más sangrientas que se dieron en Michoacán, la columna imperialista tuvo más de cien muertos, entre ellos el Teniente Coronel Andrés Pineda, que en aquel día había tomado el mando del 4.º regimiento de caballería: su cadáver tenía ocho heridas recibidas en el rostro y en el pecho. La pérdida de un jefe tan querido, la vergüenza de un hecho de armas que no tenía ejemplo en los anales de la guerra, y el carácter violento de Méndez, pusieron á este jefe en tal estado de cólera y de despecho, que hasta sus mismos oficiales temblaban á su presencia. Fraccionó su caballería y la envió en distintas partidas á que batiese el terreno, cogiendo prisioneros á cuantos hombres encontrara. Cien, entre arrieros, conductores de carretas, rancheros y peones cayeron en poder de aquellos sicarios; empero ni uno solo de los presos era chinaco!

Méndez en su parte oficial dice por esto que tenía cien prisioneros, y que de ellos mandaría fusilar *algunos* al día siguiente. Y así sucedió: el 29 fueron pasados por las armas en Puruándiro *sesenta* paisanos pacíficos, á los que se dividió en cuatro grupos de á quince hombres, que se *ejecutaron* en las cuatro garitas de la ciudad!

Hacia pocos meses que las guerrillas de Jalisco y Colima, que estaban refugiadas en Michoacán, habían regresado á sus terrenos, en donde á causa de la retirada de los franceses, que

se concentraban en la ciudad de México para reembarcarse, aparecían ya muchos *patriotas*, entre ellos los que, habiendo luchado antes, se habían consagrado á la vida pacífica durante los días terribles. Don Julio García, uno de ellos, había vuelto á encargarse del mando de aquellas partidas; pero, acosado constantemente por los imperialistas, y en especial por la contraguerrilla francesa á las órdenes de Berthelin, volvió al Estado de Michoacán y estableció su cuartel general en Coacomán. Allí logró reunir una fuerza de trescientos hombres, entre los cuales estaban los infantes de Madrigal prisioneros en Jucutacato, y que habían marchado á Jalisco á las órdenes del Coronel Francisco Magaña, cuando este jefe se separó del Coronel Villada.

El contraguerrillero Berthelin era un hombre insaciable de sangre, de robos y de estupro, "más bandido que Rojas, Roghin y Simón Gutiérrez juntos," según la expresión de un escritor francés. Afeminado en su traje y en el exagerado aseo de su persona, por el afeite y los perfumes que usaba y por las sortijas que lo engalanaban, era un león en el combate, un tigre después de la victoria. Cruel, inexorable, infame; se contaban en más de quinientas las víctimas que había hecho en sus correrías en Jalisco y Colima, habiendo días en que mandara fusilar á cuantos mexicanos encontraba, sin importarle el partido á que pertenecieran, como si pura y simplemente se hubiese propuesto acabar con la raza del país. Se le veía "como á un monstruo salido del Averno." Los hombres de Berthelin, soldados licenciados del ejército francés, eran dignos de su jefe, tan bandidos, tan infames, pero tan valientes como él. Muchos de ellos fueron los que, dos meses más tarde, formando parte de la gendarmería imperial, cayeron prisioneros en la derrota de San Jacinto y fueron fusilados por orden del general Escobedo.

Berthelin pasó á Michoacán en persecución de D. Julio García. Este, acompañado de algunos guerrilleros de Coacomán, conocedores á fondo del terreno, salieron en busca del contraguerrillero francés, tratando de sorprenderlo; pero Berthelin era un Argos; siempre estaba listo para el combate, siempre alerta espionando al enemigo, siempre preparado

para dar el golpe, por lo que sus soldados le llamaban la *Avispa*.

Ambas fuerzas se encontraron en el rancho del Guayabo á las cuatro de la mañana del día 10 de Noviembre, en un campo cubierto de maleza y de grangenos. Fué un choque terrible, en el que los combatientes de una y otra parte peleaban resueltos á exterminar á su enemigo ó á quedar exterminados. *Duró el combate, con pequeños intervalos de descanso, desde las cuatro de la mañana hasta las siete de la noche*, en que huyeron los franceses, que habían perdido muchos hombres, entre estos, á eso de las tres de la tarde, al segundo en jefe de la contraguerrilla, el conde de Moynier-Chamborand, y al anochecer al famoso Berthelin. El campo quedó limpio de zacate, "como si se hubiera ido á sembrar tabaco," según el dicho de un ranchero de Coalcomán; las ramas de los grangenos se veían despojadas de las hojas, caídas á los golpes de las lanzas y á los sablazos de los combatientes: el suelo estaba cubierto de más de cien cadáveres de franceses y mexicanos, y había como doscientos caballos muertos; regados aquí y allá se hallaban fusiles, sables, lanzas y mosquetes, que hicieron el botín de los chinacos.

D. Julio García fué el que, en combate singular, mató á Berthelin, cortándole de un tajo la cabeza, que fué transportada á Coalcomán y expuesta en un paraje público, siendo fama que aún se percibía en ella el olor de la pomada de que estaba impregnado el cabello.

Así cayó el famoso contraguerrillero Berthelin, cabiéndole la gloria de morir luchando y no como el otro feroz bandido Dupin, que murió en la ignominia y despecho del suicidio.

D. Julio García, justamente orgulloso con este triunfo, quiso ampliar los dominios de Colima, y al efecto declaró que el departamento de Coalcomán quedaba anexado al territorio de aquel Estado, segregándolo del de Michoacán, y en consecuencia nombró autoridades y empleados que debían depender de Colima. Sabido esto por el Gobernador D. Justo Mendoza, marchó inmediatamente desde el rancho llamado

el Ojo de Agua de Poturo hasta aquel departamento, y auxiliado eficazmente por el coronel Antonio Guzmán, hijo del ilustre insurgente D. Gordiano, restableció las autoridades legítimas, conservando así la integridad del territorio michoacano.

Méndez, entretanto, se ocupaba en perseguir las fuerzas de Garnica, Arias y Ronda, y encomendó al teniente coronel Francisco Redonet, que mandaba el 3º de infantería, que activase su campaña contra Villada. Méndez había ofrecido á Maximiliano que, antes de que los franceses se reembarcaran, estaría pacificado el extenso territorio de Michoacán, en donde ya no quedaban más fuerzas republicanas de alguna importancia, que las que traían consigo los jefes mencionados.

Por aquellos días Ronda y Garnica se hallaban enfermos, y habían encargado el mando de su tropa al coronel D. Rafael Arias, quien, si era valiente y astuto en la extensión de la palabra, ni tenía conocimientos militares ni jamás había mandado una fuerza mayor de doscientos hombres, y la que se le encomendaba entonces era de ochocientos. Por varios días pudo burlar la persecución de Méndez; pero el día 13 fué alcanzado á las ocho de la mañana en el rancho del Degolladero (departamento de Zamora), y desde allí se fueron tiroteando ambas columnas por espacio de cuatro leguas hasta el rancho de la Raya, en que ya no pudo Arias evitar la batalla con su enemigo, fuerte en dos mil hombres. Nuestro heroico guerrillero hizo prodigios de valor, exponiendo á cada instante su vida; pero sucedió lo que tenía que suceder, cedió al número y á la táctica de su adversario y sufrió una completa derrota, perdiendo gran número de sus soldados entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Méndez, después de su victoria, paseó á sus prisioneros por Zamora, Uruapan y Pátzcuaro: de allí envió á Quiroga veinte de ellos, oficiales y algunos soldados belgas y franceses para que fuesen fusilados en aquella villa, lo que se verificó el día 25, después de doce días de camino en que se trajo exhibiendo á las víctimas. Los traidores fusilaban irremisiblemente á todos los extranjeros

que militaban en las filas liberales y que caían en su poder. Uno de los oficiales mexicanos fusilados en aquel día fué el capitán Eufasio Silva, joven leal y valiente, originario de Paracho, que había acompañado al coronel Jesús Díaz hasta Santa Ana Amatlán.

Mientras pasaban estos acontecimientos, Régules había llegado á Apatzingán, sin más acompañamiento que sus ayudantes. Tuvo á solas con Villada largas conferencias, y luego, escoltado por una pequeña fuerza al mando del comandante Luis Sagrero, que lo acompañó hasta Nahuatzen, se dirigió solo á Zacapu, llegando el mismo día en que comenzaban á reunirse allí los dispersos de Arias. Esta circunstancia contrarió terriblemente al general, porque se encontró sin el núcleo de fuerzas que pensaba aprovechar para realizar sus proyectos. Reinaba la alarma al grado de que Arias, Garnica y Ronda, valiéndose de sus amigos, señalaron á los dispersos distintos sitios para verificar la reunión. Régules salió ocultamente de aquel pueblo y fué á situarse con su Estado Mayor en la espesura de un bosque inmediato, en la Mesa de Naranja, desde donde comenzó á dictar nuevas disposiciones y á enviar correos por diversos rumbos, deseando aprovechar los ofrecimientos que de muchas partes se le hacían por los que antes habían permanecido pacíficos y que ahora querían prestar sus servicios á la patria.

Como era natural, Régules estaba dispuesto á utilizar todos estos elementos, pues que durante la campaña nuestros jefes habían tenido por lema: "ni hace falta el que se va, ni sobra el que llega."

En los días á que me refiero, cuando los franceses estaban próximos á reembarcarse y por lo tanto no emprendían ya ninguna expedición; cuando ya estaba en la conciencia de todos la próxima ruina del imperio, de todas partes acudía gente á alistarse en las filas republicanas; de todas partes se les ofrecían recursos; en todas partes hacía explosión el patriotismo de última hora. Pero como quiera que fuese, repito, nuestros jefes utilizaban con éxito los nuevos elementos que les llevaban los *torreños*.

En la línea de Zitácuaro los jefes de guerrillas Cosío Pontones y Figueroa fueron derrotados el día 19 en la hacienda de Bravo por el *Rancharo*, quien hizo á los liberales diez y seis prisioneros, entre éstos al expresado Figueroa. Todos fueron fusilados.

Llegamos al mes de Diciembre, que si se empleó para crear nuevas fuerzas y para allegar elementos de guerra, en cambio fué funesto para algunos de nuestros más distinguidos oficiales, cuyo valor y patriotismo los condujeron á la muerte.

El día 1º, el honrado C. Luis Pita, que acababa de organizar una pequeña tropa, se vió sorprendido por el contraguerrillero José María Orozco en la Villa de Santa Clara de Portugal. Inútil fué la resistencia desesperada que aquél hizo; el jefe imperialista, si bien con grandes pérdidas, lo derrotó y lo hizo prisionero en unión de varios de sus soldados, siendo luego fusilados todos ellos en el mismo lugar.

El día 10 la columna imperialista de Vera Quintana entró de sorpresa á Zacapu, creyendo encontrar allí al general Régules: pero si no logró su objeto, sí pudo apoderarse de los jefes Miguel Adorno y Pedro Enríquez Bravo, y de los oficiales Jesús Rodríguez, Talancón y Elizarrarás. Algunos otros republicanos que con ellos estaban pudieron salvarse. Hé aquí cómo principió y terminó este episodio:

Al llegar los imperialistas, Bravo y sus compañeros no tuvieron tiempo de montar á caballo, y entonces, no quedándoles otro recurso, corrieron á la laguna y se embarcaron en una canoa. Desgraciadamente ésta no tenía remos, y los fugitivos se vieron en la necesidad de remar con las manos y con sus sombreros, pero con tan mala suerte que no habían logrado separarse diez varas de la orilla, cuando ya habían penetrado en el agua más de cincuenta dragones del enemigo que iban en su alcance, y mientras Rodríguez remaba desesperadamente, Adorno y Enríquez Bravo les dispararon sus pistolas, y, agotado el parque, arrojaron las armas sobre los perseguidores. Después de tan efímera resistencia, los fugitivos fueron aprehendidos y se les condujo á Zacapu.

Jesús Rodríguez, de quien en otra parte he hecho mención como secretario de Villada en la prefectura y comandancia militar de Uruapan, es originario de Zacapu y tenía allí muchos parientes y simpatías unánimes entre el vecindario; así es que éste en masa ocurrió al teniente coronel Macario Silva, encargado de los presos, manifestando que Rodríguez no pertenecía á la fuerza armada, sino que desempeñaba tan sólo el empleo de director de la escuela municipal (lo que por aquellos días era cierto): que, en consecuencia, pedían justicia para él y gracia para los demás prisioneros. En estas agencias pasaba el tiempo, y entretanto los presos estaban ya sometidos á la Corte Marcial, formada en el acto bajo la presidencia del comandante Ceballos. Omito referir el interrogatorio que se hizo á cada uno de los presos, pero no pasaré por alto el de Adorno. Este era aquel jefe del Estado Mayor de Caañaño, que se quedó con los patriotas al ir á comunicarles una orden, cuando la defección de dicho general en el rancho de Chuen: en toda la campaña se distinguió siempre por su valor, por su abnegación y por su apego á la disciplina militar.

Adorno se presentó ante sus jueces vestido con su uniforme y llevando en el pecho sus condecoraciones, entre ellas la del 5 de Mayo y la de las cumbres de Acultzingo.

El presidente del tribunal interrogó al reo sobre sus generales:

—Me llamo Miguel Adorno, casado, ¡mexicano! y comandante de batallón del ejército nacional en servicio activo.

—¿Cómo es que vd., Sr. Adorno, le dijo Ceballos, que lo conoció en el Colegio Militar, siendo un oficial del ejército, ande prestando sus servicios al lado de los bandidos?

—Ni mis jefes ni mis compañeros son bandidos; pero si lo fueran, preferiría ser bandido como ellos, que no traidor á la patria.

—Quítese vd. ese uniforme, que está deshonrado. Quíteselo vd.—Y viendo que Adorno permanecía impasible, mandó Ceballos que los hombres de la escolta lo despojaran de su traje hasta dejarlo en paños menores, lo que hicieron los soldados desgarrándoselo á tirones; pero antes, Adorno había arrancado del pecho las medallas y las cruces.

—Entregue vd. esas condecoraciones, gritó Ceballos.

—Podrán ustedes disponer de mi vida, pero no del premio que me ha concedido la nación por mi patriotismo.

Los soldados no pudieron sacarle de las manos las insignias de su gloria.

Adorno, Enríquez Bravo, Elizarrarás y un sargento fueron condenados á muerte; Jesús Rodríguez quedó puesto en libertad, y Talancón logró fugarse al ser conducidos aquéllos á Chucándiro. El día 13 fueron pasados por las armas en dicha población. Se ve, por lo expuesto, que era costumbre de los imperialistas hacer caminar á pie, durante algunos días, á las víctimas destinadas al patíbulo.

Momentos antes de la ejecución, Adorno pidió papel para escribir: como le llevaran un pliego con el sello del imperio, tarjó el timbre con cólera y escribió á su esposa (estaba recién casado y ella quedaba embarazada):

“Chucándiro, Diciembre 13 de 1866.—En capilla.—Sra. Carlota Martínez de Adorno.—Mi querida esposa: Voy á ser vilmente asesinado por los traidores: te suplico que en el acto marches á Uruapan; pon un comercio con que te mantengas honradamente. A mi hijo edúcalo, y cuando sea grande, hazle saber el modo como murió su padre..... Adios; hasta la eternidad.—Miguel Adorno.”

Tal era la situación á mediados de Diciembre de 1866. Los periódicos del imperio afirmaban que la revolución estaba próxima á extinguirse en Michoacán, pues ya sólo quedaban partidas insignificantes sin orden ni cohesión.

El triunfo de Villada en Jucutacato; el estado brillante de su fuerza, que ya tenía un efectivo de mil plazas; la postración en que se hallaba el general Régules; el golpe que recibieron las fuerzas unidas de Ronda y Garnica, y que hacía de la de Villada la única regular y prestigiada que quedaba en Michoacán; y el estado general de la opinión pública, enterada ya de que era un hecho el próximo reembarque de los franceses, hacían fijar los ojos de todos en Apatzingán y ver á Villada como el jefe afortunado á quien tocaba en suerte

recibir los laureles de la victoria en Michoacán. Empero éste declinó, por deber y por modestia, tan halagüeña honra.

Ahora bien, el 24 de Diciembre recibió aquel jefe un papelito que, por el misterio con que se lo entregó una soldadera desconocida, me pareció que le había sido enviado por Madrigal. ¿Qué contenía? Desde luego el coronel activó los trabajos de vestuario y de parque emprendidos, encareciendo la urgencia de terminar la obra en dos días; pasó revista á sus fuerzas y se ocupó sin descanso en las labores de su secretaría. El día 26 en la tarde supimos que la víspera habían evacuado la plaza de Uruapan los traidores, lo que nos hizo comprender al fin cuál era el contenido de la carta recibida por Villada; así es que cuando se dió la orden de marcha para el día siguiente, todos manifestaban su entusiasmo con exclamaciones de alegría. Ibamos á ver aquella ciudad simpática y hospitalaria después de nueve meses de ausencia, nueve meses en que aquel pueblo liberal sufrió la tiranía de los soldados del imperio.

Eran las once de la mañana del 30 cuando hicimos nuestra entrada triunfal en Uruapan. De los seis mil habitantes que entonces tendría la ciudad, lo menos cuatro mil llenaban las calles de "Cupatitzio" por donde nos dirigíamos á la plaza: todos, no hay exageración en la frase, todos nos ofrecían coronas, todos prorrumpan en vivas atronadores, muchísimos lloraban de alegría. Las campanas repicaban alegremente, ensordecía el incesante tronar de los cohetes; las calles estaban tapizadas de flores, los balcones adornados con banderas tricolores, las músicas tocaban el himno nacional, y unánimemente se saludaba el próximo día del triunfo de la patria.

CAPÍTULO XLII.

(1867)

El volcán próximo á estallar.—Salida de Uruapan.—El Ejército del Centro.—Entusiasmo.—Toma de Pátzcuaro.—Fusilamientos.—Cuantioso botín.—Estéril expedición sobre Acámbaro.—Una retirada desastrosa.—Aumento de fuerzas.—Ataque á Zamora.—Las tropas de Sinaloa.—Fuga de la guarnición.—Ocupación de la ciudad.—El 5 de Febrero.—¡A Morelia!—Noticia del abandono de esta ciudad por la brigada Méndez.—Cómo se despidió de ella el jefe imperialista.—El coronel Garnica.—Entrada solemne en la capital del Estado.—Reorganización del Gobierno.—La división de Michoacán en Querétaro, San Lorenzo y México.—Triunfo de la República.

El general Régules continuaba invisible, y sin embargo se sentía su acción; circulaban sus órdenes sin fecha ni lugar de procedencia, pero apremiantes y oportunas. Había en la extensión del territorio michoacano un trabajo prodigioso; se multiplicaban las pequeñas partidas que iban uniéndose incesantemente hasta convertirse en fuerzas respetables. Era como la labor subterránea de un volcán próximo á estallar.

En Uruapan, Villada desplegó una actividad asombrosa. Herreros, talabarteros, sastres, gente que hacía parque, todos se pusieron á trabajar de día y de noche. Sólo la tropa descansaba.

Había entrado el año de 1867. El día 1º en la noche, el coronel recibió un correo del Cuartel General; el 2 nos pusimos en marcha y pernoctamos en Taretan; el 3, á las dos de la tarde, llegamos al pequeño pueblo de Ajuno, que dista cuatro leguas de Pátzcuaro. No obstante que la tropa creía que